

Locópolis

1

Cuando las tres familias se asentaron en el cruce de dos cadenas de montañas, escapaban de un invierno crudo, como nunca antes se había visto, pero traían consigo conocimientos básicos para la supervivencia en la memoria inmediata y el uso habitual de un lenguaje muy sencillo.

Habían peregrinado casi sin rumbo, siguiendo el rastro de cierta especie de tortugas migradoras. Aunque esto les demoró mucho, con paciencia alcanzaron abrigo al cabo de media estación de lluvias. Las tres familias escaparon pronto del frío, pero les tomó buen tiempo encontrar el paraíso migratorio de los sabios animales.

El lugar inicial en que acamparon las familias juntas era como un bolsillo natural, que protegía de los vientos y las bestias, salvo por una entrada, que fue desde siempre muy bien defendida. En las afueras de la entrada se plantaba un enorme árbol frondoso de grueso y alto tronco. Su copa se elevaba por encima de la entrada y competía casi llegando a sobrepasar las montañas que le acompañaban lateralmente casi simétricamente.

Por aquellas épocas su idioma no era tan completo y a veces se usaban unas palabras por otras, o hacía falta inventar algunas nuevas. En un juego sombrío de palabras, a su reciente lugar de habitación, le llamaron la cueva de la paz perpetua. Pero este nombre fue cambiando con el tiempo y su núcleo llegó a desplazarse hasta tres veces.

Cuando las familias fundadoras acordaron nombrar a la cueva, como la de una paz perpetua, lo hicieron alrededor del gran árbol, sobre el cuál, por lo que contaban las tortugas, había estado ahí, incluso antes que la cueva misma. Los jefes de cada familia habían acordado cooperar con afán de objetivos civiles, pero sabían bien que las leyes de la impermanencia eran lo vigente. A esto le llamaban, en mitos relatados por sus abuelos, como las leyes del Hmbar, es decir, la máxima que supone que todo está condenado al olvido.

Esto se encontraba unido a otros mitos, que defendían ideas de una pertenencia compartida de todos los seres que existen en un mundo único, ante el cual, equitativamente, se tiene tanto derecho, como responsabilidades, sin excepción. Este mundo se lo figuraban como una tortuga voladora que iba creando la existencia a medida que su pequeña amiga, una niña sin nombre, le iba narrando sus deseos y caprichos.

Otro mito que conservaban en su imaginario tenía que ver con la libertad de cada uno, que normalmente choca con los demás, de modo que el conflicto y el sufrimiento nunca faltan, y por eso, buscaban limitarse lo menos posible en sus autonomías, hasta que uno mismo chocara con la libertad ajena, y es por esta razón, que repudiaban las guerras, hasta que fuera estrictamente necesario recurrir a ella. A pesar de su carácter pacífico, los habitantes de la cueva de la paz perpetua, de hecho, tenían una capacidad insospechada para la violencia, pero no para la crueldad. Esto se conecta con mitos sobre la compasión, la justicia, la inteligencia y muchas cosas por el estilo.

El que mejor conocía tales mitos era el viejo Khar, de la familia del Pez, tomado casi por líder religioso, aunque no lo fuera, pero era el único que había acumulado relatos que entretejían una cosmovisión que compartían. Cuando el sol se agotaba y oscurecía el mundo, se juntaban alrededor de sí mismos para calentarse, y escuchaban historias terribles, de bestias, horror y estridencias por parte del viejo insomne.

Se cuenta que el viejo Khar fue el que descubrió el fuego, jugando con ramas y piedras, y ese día no durmió por tres lunas seguidas, obsesionado con el descubrimiento, o invención, o contacto con un ser distinto; (nunca supo cómo interpretar realmente la situación.) Algunos mitos volvieron a consolidarse, alrededor del viejo que sabía los mitos viejos, y había domesticado al fuego en unos pozos que cultivaba con celo.

A pesar de que los jóvenes estaban cansados por talar árboles con piedras, o de caminar siguiendo al río para recolectar frutas, o bien, para cazar algún conejosaurio joven, con todo ese esfuerzo, siempre, sin embargo, quedaba un poco de energía y atención para escuchar historias maravillosas, que estimulaban lo que llamaban sueños o visiones personales.

El mejor leñador, de los muchos, fue desde los primeros días, el fuerte Althor, que con destreza amarró a un tronco una liana trenzada a una piedra previamente afilada, de suerte que fue conocido por ser el único por mucho tiempo en tener un hacha, y su fuerza se hizo extrema, acumulando muchos maderos para construir diversas cosas.

Eso sí, Althor el fuerte siempre se cuidó de atender a la nobleza y justicia de corazón, de suerte que nadie tuvo nada que temer de su poder sin medida. Se contaba que una vez derribo un árbol grande de un solo hachazo, y que cuando tuvo que arreglar su hacha conmovida, muchos copiaron su método y se hicieron réplicas menores, que se desplomaron al cabo de pocos golpes.

Así, de este modo, su herramienta se volvió legendaria, pero cuando otro la usaba, se le hacía pesada y la usaba con torpeza. Incluso lo más fuertes no tenían la destreza que Althor, pues había algo en él que le venía del espíritu, y no era meramente un asunto físico. Los jóvenes decían que su hacha hacía música, porque nunca habían escuchado a los pájaros, por lo que los más ancianos repetían con insistencia que eso no era música, y si lo era, no era una muy buena, ya que, había algo desgarrador oculto en esa cadencia percutiva de ritmos frenéticos. Las tortugas migratorias no entendían, ellas no conocían la palabra para música.

El viejo Khar siempre le ofrecía al fuerte Althor diseños pintados con los dedos llenos de ceniza en las paredes de la cueva, y así, convencido de las maravillosas visiones que trazaba el viejo que cultivaba fuego, se proponía conseguir mucha madera para que otros pudieran erigir estructuras.

Para esto fue necesario afilar piedras, y el más ágil de todos fue un hombre delgado de la familia del árbol. Su nombre era Astor y comía poco. Se la pasaba quemando hojas en los cultivos del viejo Khar, que le incentivaba a probar nuevos experimentos. Era sabido que juntos habían descubierto el tabaco, y el primer diseño de cigarrillos y pipas, fue precisamente atribuido al flaco Astor. Fue él mismo que descubrió un método muy práctico de raspar las piedras redondas en contra de una esquina de la pared de la cueva, de forma que se partían a la mitad de forma predecible. Una vez obtenida esta forma caprichosa, que llamaron como astoroide, quedaba lo más sencillo, que era limar los bordes delgados con otras rocas más grandes, y así, hacían martillos de mano con una empuñadura simple y de filo muy eficaz, para cortar ramas, conejos y hasta para afeitarse.

Con estos, y otros ingenios, los constructores hicieron cómodas cabañitas de madera, con espacios para todos, y para los que fueran por venir. El oficio de construir se extendió mucho y asimismo se propagaron los dominios de las tres familias un poco más allá de las cuevas y su árbol. Althor venía cansado de talar, con las manos entumecidas, y encontraba satisfecho su colección de maderas convertidas en cabañas poco a poco construidas, en donde se abrigaban los moradores y se sentían protegidos de una vulnerabilidad constante.

El esfuerzo de uno, era el bienestar del otro, y eran pocos los que no encontraban ocupación en un estado de necesidad constante, (y por suerte tuvieron una previsiva anticipación a días peores en adelante), y todo esto, sin mencionar a las amenazas circundantes, infrecuentes, pero significativas. Unos pescaban, otros perseguían conejosaurios jóvenes para comerlos crudos, y a los más pequeños les gustaba morder frutas y escupir las semillas por el suelo, en lo que llamaban su patio de juegos.

Althor, que era de la familia del quelonio, había derribado tantos árboles en una zona de un bosque, que lo había despejado casi por completo, y había advertido con asombro que una gran bestia le miraba desde el otro lado de la montaña. No la había podido reconocer, pero intentó dibujarla con las cenizas frías de los fuegos que cultivaba el viejo Khar, pero no logró darse a entender con sus torpes y confusas ilustraciones.

Cuando el viejo dibujó, como propuesta para entenderse, un conejosaurio joven, que aproximadamente les llegaba al pecho en altura, el fuerte Althor corrigió la silueta y la acrecentó en más del doble; Quedó pintada en la pared una suerte de mancha o borrón oscuro gigante, que amenazó y asustó la imaginación de muchos.

Los más pequeños se aterrorizaron con la posibilidad de algo que no había visto, pero que no era difícil de imaginar, y así corrió el rumor de que un espíritu del bosque andaba suelto, molesto por los abusos en contra de los animales y árboles, pero las tortugas les convencieron de que eso no era así. El viejo Khar, sin embargo, anunció que pronto iba a llover, y que sería mejor guarecerse juntos en la cueva, protegiendo a los más pequeños. No llovió, pero todos se sintieron más seguros en su guarida comunal de una paz amenazada.

Althor y tres valientes se armaron de cachiporras, estacas afiladas y la legendaria hacha de piedra del de brazos fuertes, para explorar la situación. Partieron con la primera luz por un camino que primero descendía, y luego ascendía. No encontraron rastro de la bestia, pero sí lograron ubicar su guarida, llena de huesos esparcidos, en las afueras de una gran cavidad, aproximadamente ubicada en la altura media de una ladera de una montaña que daba enfrente a su propia guarida. Desde ese lugar podían ver cómo siluetas pequeñas les saludaban, eran sus familiares en frente, rodeados de huecos con fuego encendidos, aunque fuera de día. Su hogar se veía muy inspirador, para ellos, ya que nunca lo habían visto desde la lejanía panorámica, y esto les infundió de valor. Quizás de demasiado.

Pensaron que no sería prudente ingresar a las penumbras desconocidas, sin embargo, un hombre de la familia del árbol se armó de coraje y de un pesado garrote, e ingresó a la temible oscuridad. No demoró en ser asaltado por un conejosaurio de proporciones monstruosas. Parecía un oso de la montaña, pero más ágil y con largas orejas. Con sus afilados dientes despedazó las piernas del imprudente, y los demás le molieron a golpes en defensa de su compañero emboscado. El fuerte Althor rompió su hacha en el cuello de la bestia, y con sus últimas fuerzas, el feroz conejosaurio adulto chilló de modo hiriente y renegado, tan fuerte, que se escuchó hasta muy lejos. Era un llamado de odio y de venganza, que fue desapareciendo a medida que la sangre brotaba de su amplia herida en su cuello casi tan robusto y grueso como un árbol.

Con los dos cadáveres silenciosos se arrastraron heridos, cansados y victoriosos, los aventureros liderados por Althor, de vuelta al campamento de la cueva de la paz perpetua. Quisieron dar noticia al viejo Khar, pero éste se encontraba absorto viendo al fuego, murmurando cosas para nadie; repetía un sonido similar al silbido mortal que les había maldito, pero nadie lo percibía como igual de temible, sin embargo, reconocían que lo emulaba y parecía que desentrañaba su significado exacto.

Cuando preguntaron dónde poner los cuerpos, el viejo distraído se limitó a señalar una zona de su cultivo de flamas, sin hacer caso realmente mientras veía al fuego, al tiempo que apuntaba concentrado en otra cosa con el dedo a un hueco en el piso con carbones dormidos. Así meditaba Khar, flexionando sus ideas al ritmo del viento que hacía danzar a las flamas, y cada fogata tenía algo que decir. Ahí, en una fosa semi-apagada, pusieron ambos cuerpos, pero una figura se asomó al instante entre una de las cabañas.

El anciano Khal de barba larga blanca, perteneciente a la familia del árbol, quiso ver al valiente explorador y advirtió asombrado que no estaba muerto, sino que se encontraba en estado de colapso, y aplicó unas hierbas masticadas a su cuerpo, luego le limpió la sangre seca y le dio de tomar un té de muchas plantas hervidas. El joven de la familia del árbol herido, que era sobrino suyo, fue atendido, y aunque no sería el mismo, ni podría caminar del todo bien, fue el primero, sin embargo, y casi el único, que pudo sobrevivir a un ataque de un conejosaurio feroz.

Cuando el viento visitó la aldea esa misma noche, se encargó de reavivar el carbón en el foso en donde yacía el cadáver del conejosaurio feroz, y así fue cocinado, sin que nadie se diera cuenta, hasta que la mañana les despertó con un olor nuevo, y un instinto de comer, cosa que hicieron, y que se convirtió en una gran costumbre; la de cocinar los alimentos, invención atribuida al viejo Khar, pero negada por él, diciendo que fueron el viento, el fuego y la casualidad, los que fueron los autores. Él se había limitado a pararse al costado, observando una flama que se movía bruscamente, agitada por un eco en la memoria, que parecía un lamento de furia y sufrimiento al mismo tiempo.

Esa misma temporada, las visiones del viejo llegaron muy lejos y desatendió su cultivo de fuegos. Un joven quiso llevarse el fuego para calentarse en su cabaña, pero terminó incendiándola, y si no fuera por una rápida intervención, el contagio de la destrucción se hubiera propagado quién sabe hasta dónde. Muchos le reclamaron el descuido al viejo Khar, pero éste replicó con mucho miedo, que algo extraño estaba pasando con el fuego, pues, había pasado mucho tiempo acomodando su ritmo y pensamientos a la cadencia y sentido de las flamas, y ahora había creado un vínculo extraño, con el que podía mover un poco las flamas de lado a lado.

Le pidieron que lo demuestre y así lo hizo, llegando a causar otro incendio, esta vez, de mayor magnitud, que no causó víctimas, pero sí mucho miedo, más por la habilidad del viejo para mover el fuego con las ideas, que por el incendio. Cuando el dueño de la cabaña se enteró de lo sucedido se sorprendió más por el detalle del viejo Khar, en lugar de preocuparse por algo que tenía solución, aún, cuando esa noche debería pasar frío, ya que el fuego había consumido sus abrigos y herramientas, llegando a perderse tres pepitas de un mineral extraño que había recogido del piso. En realidad, no se habían dañado, pero estaban ocultas entre los escombros.

Por esos días de conmoción y banquetes conejiles, las tortugas migratorias anunciaron que había un intruso en el patio de juegos de los niños, y efectivamente, algo había aparecido que no había estado antes. Era como un pequeño árbol, pero muy pequeño y frágil, un brote inesperado; y con el tiempo, guiados por el viejo Khal de plateada barba, desarrollarían grandes técnicas de agricultura, gracias a los niños que escupían semillas, lo que cambiaría el modo de alimentación aún más. Gracias a esto, los jóvenes serían más fuertes y su inteligencia más perceptiva, pero había que esperar mucho a que los diversos alimentos crecieran para ser recolectado y arrojados al fuego, o incluso, hervidos.

El primer intento de hervir una comida fue logrado por un sobrino del viejo Khar, que gustaba de quemar todo tipo de cosas y había descubierto el hervor del agua. No tardó mucho en probar suerte con algunos frutos, piedras, plantas y hasta conejos, de forma que los mayores siempre confiaron en su sentido innovador de la alimentación.

El fuego, asimismo, traía luz, y calor. De noche era más fácil estar atentos, y por los primeros tiempos, ninguna bestia fue atraída, salvo conejosaurios viajeros, que enterados por las crías de la víctima, planearon una venganza, pero de esto no supo nada ninguno de los miembros de las tres familias.

Fue en esas mismas épocas que el viejo Khar, contemplador del fuego, había discutido frente al árbol de la cueva el asunto de las matemáticas, y como no dormía, y de noche sino era el fuego, eran las estrellas, lo que gastaba su atención, les habló de sus iniciales ideas de astronomía, exaltando de nuevo la imaginación de los que cansados se tiraban a descansar, luego de hacer labores diversas.

No demoró Althor en soñar que el mundo era como una gran piedra voladora, con forma de caparazón, y que el sonido era lo que otorgaba el ser a lo creado. A la mayoría de la familia del quelonio le disgustó la idea, pero la aceptaron como una posibilidad. Khar el viejo mira fuegos detuvo sus cálculos por una semana, dando crédito al sueño, como si hubiera podido entender el mensaje, a pesar del rudimentario estilo de comunicación del fuerte Althor.

Khal barba blanca, mientras tanto, anunció que el enfermo se había recuperado, y éste tuvo que arrastrarse para llegar a cualquier lado, porque sus piernas quedaron bastante heridas. Con una sonrisa, y con brazos fuertes, relató siempre cómo fue asaltado por un conejosaurio feroz, y que, si no fuera por eso, el viejo Khar no hubiera inventado la cocina, y que ese bien comunitario sería algo que iba a perdurar por los años, a diferencia de él mismo, ya que se consagraba a las leyes del olvido del Hmbar.

Aunque conocían la muerte, nadie todavía había perecido, por lo que la temporalidad no fue todavía un problema para los habitantes de la caverna de la paz perpetua. Si lo fue, sin embargo, un grave asunto: el de no contar con mujeres en el asentamiento. De manera que conocían la muerte y la vida de modo incompleto.

Cuando salieron de su antiguo asentamiento, muy lejanamente, casi todos eran niños, y aún no habían comprendido mucho del mundo. A medida que los más viejos murieron en el camino, fueron dejados atrás con amargura, pero decisión. La mala fortuna les condujo a una tortuosa condición, ya que la última de las mujeres, falleció dando a luz antes de encontrar a las tortugas migratorias que habrían de seguir. De esta manera, el preocupante paso del tiempo se acrecentaba por el hecho de que no tuvieran compañeras para acrecentar a las tres familias.

Muchos de los niños, de hecho, ahora jóvenes tempranos, no habían visto jamás a una mujer, y no sabían que existían. Los más viejos los miraban con compasión, por la doble mala suerte, de no poder presenciar a una, y por la condena a la extinción de su propio grupo. No tenían tribus aliadas, no conocían los pueblos de los alrededores y apenas compartían su hábitat con algunas bestias.

Este aburrimiento germinó hasta producir exploradores, quienes iban hasta tan lejos que ya no se les veía, y regresaban al cabo de unos días con historias magníficas. Un explorador de los más renombrados fue Orx, de la familia del pez, quien decía que siguiendo el río había encontrado un lago, y en ese lago, unas criaturas extrañas que describió, pero nadie le creyó.

Determinado a demostrar que sus palabras encarnaban la verdad de su perspectiva experimentada, regresó al río y siguió el mismo camino. Otros fueron con él. Juntos capturaron en el lago a dos de estas criaturas, que terminaron por llamar rhinopollos, por tratarse de animales que tenían la nariz como el pico de un pollo, además de tener la forma de un gallo y las plumas de una gallina. Tenían, además, cuatro garras que usaban para capturar insectos y aunque no volaban muy alto, corrían planeando hasta alcanzar velocidades inusuales. Los “narices de gallinas” o rhinopollos fueron llevados al asentamiento, y ahí habrían de poner huevos y centuplicarse.

Cuando la estación empezó a cambiar, notaron que muchas flores y cultivos habían proliferado en abundancia. Las lluvias hace mucho habían quedado atrás y ahora estar en las cabañas les resultaba demasiado caluroso. Un aire dulce se respiraba en el valle y varios insectos hicieron su aparición por esa temporada llena de esperanza y de empuje de la vida natural.

Khar había entrenado mucho su técnica, y aunque podía hacer que el fuego se mueva al ritmo de sus ideas y voluntad, en cambio, había buscado fortalecer el vínculo que tenía con el fuego de otro modo: acomodando sus propias ideas al flujo natural del viento que hacía danzar el fuego, que hora a hora era alimentado, sin cesar. Él decía, por entonces, que el fuego le hacía mover a él mismo, en lugar de lo contrario.

Por otro lado, el fuerte Althor había limpiado tantas zonas con su hacha, que empezó a planear una especie de barricada defensiva, para fortificar sus dominios. En un lado, hicieron nuevas cabañas para los rhinopollos, de otro, extendieron sus cultivos, cada vez más variados, mientras que otra zona la designaron a construir refugios a las tortugas migratorias, las cuales se opusieron, aduciendo que pronto tendrían que partir, y, finalmente, pero no con menor importancia, se dispuso una ladera de la montaña para hacer un aplanamiento con andenes y escaleras que aprovechase el área, de forma que se ubicaron ahí artesanos de todo tipo, se acondicionaron fuegos transplantados de los cultivos de Khar, y se volvió pronto una zona muy popular, donde unos iban a trabajar, otros a conversar y algunos otros a comer en buena compañía.

El día que limpiaron los escombros de la cabaña incendiada, notaron asombrados que las tres pepitas de piedras brillantes no se habían quemado. El joven pirómano se tomó tan en serio el asunto, que desarrolló métodos para calentar más y más, haciendo un pequeño domo de piedras sellado con arcilla, y dejando varios huecos, por los cuales muchos otros soplaban para avivar con furias a las llamas. De este modo, lograron derretir las pepitas y formar un amalgama derretido de mucha dureza. Las tres familias habían alcanzado la edad de los metales.

Fue lento, pero contundente, el cambio que se inició con esta revolución. Primero fueron los moldes, que ingeniosamente acondicionaron luego que un hombre se quemara la mano y no pudiera volverla a usar jamás. Luego, fueron las herramientas, y cuando menos se dieron cuenta, ya tenían armas de ese material tan resistente.

Confiados y absolutamente empoderados, quisieron explorar más que nunca. Los mejores exploradores, tales como Orx habían empezado a usar unas hojas secas y cenizas para construir una especie de mapas, que figuraban el espacio alrededor de sus dominios. De un lado, estaba el lago, del otro, el río, de un costado se dibujaba a las montañas, y en el lugar opuesto, un bosque oscuro y misterioso.

Día a día, armados con cachiporras de metal y lanzas con puntas afiladas partieron para un lado y para otro. Una pequeña fogata fue transplantada a cada uno de los lugares, pero cuando notaron que se marchitaba el fuego, ocuparon a una persona en cada punto, para cuidar del fuego y del horizonte.

Fue uno de estos sujetos que defendía la frontera marcada por el fuego, en particular, la que estaba por el río, que una buena noche llegó corriendo al núcleo del asentamiento en la cueva de la paz impermanente, por cuanto una bestia se había asomado al otro lado del río, y apenas había visto la silueta a la luz de la luna.

Se le solicitó que dibujase con ceniza en una de las paredes de la cueva, pero lo único que hizo fue hacer un círculo con una línea curva. Para nadie tuvo sentido algo así, de modo que le pidieron que explicara en palabras, lo que sus dibujos no lograban expresar.

Entonces, el vigía del fuego del río, que era de la familia del quelonio, explicó parte por parte. El círculo era un cuerpo grande, como un conejosaurio mediano, pero más gordo, y sin orejas alargadas. Esa línea curva tan caprichosa la describió como una trompa o tentáculo que salía de su cabeza, y gruñía como hambriento.

Faltaba mucho para el amanecer, y Khar dormía. Lo mismo Althor, pero no Khal. El viejo de barba blanca, que había visto algo así antes anunció que podría tratarse de un puercofante salvaje. Sus abuelos le habían contado que alguna vez fueron domesticados, hasta que armaron una revolución para liberarse, y eran animales peligrosos e inteligentes.

El asunto era simple, una amenaza de tal tipo no podía ni acercarse, ni conocer de su ubicación, puesto que podría exponerles a un asalto coordinado, de manera que se decidió capturar, o en su defecto, aniquilar a la bestia, fuera o no, un puercofante salvaje, y para ello se resolvieron a partir con la primera luz.

Althor al despertarse no se alarmó, y sin decir palabra alguna, fue por su nuevo invento: un hacha de metal que todavía no había conocido el uso. Cuando la develó un asombroso dejar-sin-aliento recorrió al unísono, y tras felicitarle, se sintieron más seguros. Un hombre de la familia del pez, Astor , Orx y un viejo de la familia del quelonio constituyeron la expedición, cargando equipo suficiente para capturarle o extinguirle, pero antes que las primeras luces vayan a invadir el cielo, una cosa muy triste ocurrió.

Con la solemnidad de una luz crepuscular, mientras todos iban despertando, menos Khar, que habría de dormir hasta el mediodía, las tortugas migratorias se presentaron al árbol central y explicaron que era tiempo de partir. Se venían a despedir y desear suerte a lo que ellas llamaron la hermandad del árbol.

Dijeron por entonces que la temporada de las flores se agotaba, y que pronto el tiempo de los vientos secaría la vegetación, y para ellos era momento de viajar hacia el río. No temían de ningún puercofante, pues eran ferales guerreras y pocos podían hacerles frente, ya que, al pelear, tenían más de dragones que de caracoles.

Con esto, se dispusieron a arreglar sus cosas para partir a un largo viaje y dejaron un poco nostálgicos a los miembros de las tres familias. Khal les regaló un bálsamo para el sol ardiente, mientras que un joven que era mitad de la familia del pez y mitad de la familia del quelonio les regaló una flor enorme que había cultivado jugando. Se trataba de una flor amarilla y roja, de grandes pétalos y un centro abundante de pístilos, con un tallo largo, tan grueso como dos dedos envueltos y aunque había sido cortada con un martillo de piedra simple hacía unos días, parecía seguir moviéndose o latiendo.

Agradecidas, las tortugas migratorias fueron lentamente hacia sus refugios, para empacar, algo contentas de haber hecho amigos de tanta nobleza. Mientras la expedición partió a encargarse del puercofante, las tortugas tomaron gran cantidad de tiempo en llegar a sus cabañas, pues una lentitud les invadió, casi como si no quisieran migrar, pero después de todo, eran tortugas migratorias, y el tiempo había llegado.

Como último regalo, el rey de las tortugas, les confesó un secreto que había estado guardando, para una ocasión especial, y compartió con los que su majestad llamaba, la hermandad del árbol, un asunto de su particular interés: Muy al sur, pasando el río y su fuego fronterizo, viven unas criaturas parecidas a los que moran en lo que ellos llaman la cueva de la paz perpetua, pero en el caso de estas criaturas, se trata de mujeres, y se hacen llamar las que viven con abejas.

Ahora que estaba seguro que los monos políticos, como les había dicho durante la fase inicial de su amistad, tenían un espíritu distinto a otros homínidos, les confiaba un secreto que podría ayudarles a preservarles y así, el rey de las tortugas migratorias demostró que se habían ganado la confianza, algo muy difícil de conseguir entre las tortugas, en especial cuando se trata de otras especies.

Cuando declaró esto, la expedición ya había partido, de forma que ellos no sabían ese otro gran peligro al que se exponían: el de perder la cabeza por lo que más deseaban, lo que más les hacía falta, y especialmente, lo que garantizaba que tenían al menos una probabilidad de que sus jóvenes algún día tengan otros jóvenes que puedan educar en las formas de lo que las tortugas migratorias llamaban como la hermandad del árbol.

2

Althor el fuerte siguió las pisadas, más allá del río, y descubrió algo que no esperaba encontrar, puesto que perseguía un puercofante salvaje y en su lugar encontró a una mujer herida, con el cuerpo semi cubierto, y tirada entre las piedras y plantas silvestres. Parecía que no podía caminar y su mirada era de asombro al ver a una criatura que solo había escuchado en mitos de abejas.

Lo mismo, para Althor, que no veía una mujer hace años, el estremecimiento lo paralizó y se quedaron mirando, hasta que se hicieron un gesto de alerta al mismo tiempo. Althor empuñó su hacha con fuerza, pero temblando, pues tenía miedo, y la mujer le mostró los dientes y le gruñó.

En esa circunstancia les alcanzaron los demás y miraron con asombro la escena. El joven Astor, ingenioso y meditador del fuego, como el viejo Khar, era flaco y de muy mala alimentación, por lo que su cuerpo no sólo se paralizó, sino que se estremeció en convulsiones que le dejaron mareado. El joven Astor no había visto nunca una mujer, y un instinto visceral se abrió en él, justo como cuando el conejosaurio había sido asado por la casualidad del viento.

No dijeron palabras, pero ambos sabían el lenguaje de las tortugas. No sabían que el otro sabía hablar su idioma, de forma que dieron por sentado que eran criaturas parecidas a sí mismos, pero de otra manera. Pronto, fue rodeada, por cautelosos y atentos monos políticos y se intentó poner de pie.

Notaron entonces que su pierna derecha y su brazo izquierdo estaba claramente heridos, pues sus huesos parecían dislocados o rotos, y ni bien se inclinó, volvió a caer, exponiendo su estómago, que dejaba ver una especie de prenda o vestidura muy rara debajo de su ombligo. Parecía un pequeño cultivo con figuras geométricas y un zumbido parecía provenir de él.

Cuando Astor, fuera de sí, quiso acercarse, ella le mordió la cara, arrancándole la nariz, para luego masticarla, y ante el asombro de todos, tragársela. Todos menos Astor levantaron sus armas, pero no se resolvieron a atacar, sino que se limitaron a amenazar tal conducta agresiva. La mujer caníbal, sin embargo, comía con avidez, como si no hubiera recibido alimento hace varias lunas.

Astor sangraba por la amplia herida, pero no sentía dolor, porque su cuerpo estaba en un estado extraño de éxtasis, y sentía que su sangre hervía desde el corazón hasta todo extremo, y se acercó de nuevo con una mano cubriendo su lastimado rostro, extendiendo su otra mano en señal de paz, pero la retiró rápidamente cuando notó que ella veía esa mano con apetito y estaba presta a saltarle con los dientes encima.

La mujer caníbal estaba de espaldas al piso con las piernas apuntando a Astor, viendo como un grupo de figuras nublaban su visión, a la suerte de siluetas amenazantes con armas extrañas que desconocía. De un jalón, se acomodó el brazo roto y gritó muy fuerte. El alimento le había restituido sus apagadas fuerzas, y adolorida, se apretó el brazo, que sentía que había recuperado.

Su grito fue fuerte y atrajo al puercofante salvaje, mientras todos se miraban entre sí y la mujer caníbal se sentía cada vez más acorralada. A los pocos segundos, vino galopando una suerte de cerdo, con el cuerpo como el de un chancho, pero las patas de un marrano y la cola de un porcino. Sus orejas recordaban a la de los cochinos, pero más bien, se distinguían de lechones en la nariz, ya que esta criatura tenía como una especie de trompa alargada, que hacía verle como un elefantito rechoncho, pero de mucho menor tamaño.

El puercofante, sin embargo, no era lo que esperaban, puesto que muy lejos de ser un puercofante salvaje, se trataba de uno civilizado, y les saludó en la lengua que usan las tortugas que migran y enseñan universalmente sobre mitos y palabras, cada temporada con más nuevas y locas abstracciones.

Althor el fuerte se posicionó de forma que protegía a Astor, pero no le daba la espalda a ninguna de las dos amenazas. Tanto la mujer caníbal, como el puercofante civilizado reconocían en él una gran amenaza, y se cuidaron todos de cada uno de los otros. Orx y los jóvenes de la familia del pez y del quelonio imitaron a Althor y se pusieron en guardia sin responder palabra.

El puercofante explicó que esa criatura era muy peligrosa, y se alimentaba de monos políticos, o seres humanos. Muchas tribus querían enviar a sus príncipes para casarlas con sus princesas, pero todos regresaban hechos huesos masticados. Además, ellas usaban a sus abejas aliadas para envenenar puercofantes de todo tipo, sin distinguir entre los salvajes, los civilizados, los de tendencia media, o bien, los llamados jamoneros, conocidos más allá del lago como chicharronoides.

Althor miraba a la mujer caníbal y no le parecía extraño. Astor, con la nariz devorada y sangrando a chorros, se sentía mareado y sus ojos estaban puestos en ella. Sus piernas estaban sucias y con sus brazos estaba acomodándose la rodilla, pero ese movimiento expuso la prenda que llevaba debajo del ombligo, y pudo notar que era como un panal, del que chorreaba miel entre sus piernas, y creaba como un vestido o pantaloncillo con una especie de cera solidificada que se iba agrietando a medida que se retorcía.

La sangre de Astor le chorreaba de los labios a la mujer caníbal y se había acomodado los huesos dislocados, pero todavía carecía de fuerzas. Quiso aprovechar el descuido, pero al levantarse, escuchó claramente que el joven decía repetidamente la palabra “miel”, mientras caía desplomado, inconsciente, con la cabeza muy cerca de la intersección de las piernas de la mujer caníbal, quien se asustó y el zumbido se hizo muy fuerte, y de la colmena que llevaba en su cadera, salió un enjambre de abejas grandes, que picotearon toda la cabeza del inconsciente hombre sin nariz.

Las picaduras hicieron que su hirviente sangre fluyera con fuerza a la cabeza, de manera que no tardó en explotar por el estímulo extremo. Y La mujer caníbal quedó bañada en sangre, ante el asombro de todos. Con agilidad se dobló sobre su estómago y bebió la sangre del piso, ante la aversión de los demás.

Althor sentía naúseas y conmoción, por ver al joven Astor con media cabeza explotada. Solo su cuello y boca habían quedado vigentes. Ante la escena sangrienta, la mujer caníbal, ya recuperada y alimentada, se paró de un salto y corrió, trepando entre algunos árboles, en dirección a una especie de bosque, pero muy abierto, que se extendía hacía el sur, más allá del río.

El puercofante civilizado no salía de su asombro, y volvió a advertirles de las que viven con abejas. Astor, que a partir de entonces sería conocido como “el que perdió la cabeza por una mujer” se levantó y con una voz muy débil dijo que le dolía la cabeza; lo poco que quedaba de esta. El resto le ayudó a caminar y regresaron a su guarida, haciendo la paz con el puercofante civilizado.

La mujer caníbal, sin embargo, no llegó muy lejos, puesto que no muy distante era el sitio de su campamento, en donde dio noticias a su reina y muchas lamieron la sangre de sus piernas que se mezclaba con una miel derretida por el calor que ella producía, ahora, pasados los eventos. Fue alimentada con un vecino de un pueblo recién capturado y puesto a la sazón, de modo que un sueño de agotación le inundó después que fuera limpiada por las suyas. Durmió plácidamente y la miel en ella se derramó entre los sueños que tuvo con Althor.

La barricada de los dominios de la hermandad del árbol todavía no había sido terminada en sus cimientos, pero sería apurada en los próximos días. Astor, el hombre que perdió la cabeza por una mujer, sufrió mucho para alimentarse, y se puso cada vez más flaco. Como no podía ver, se tropezaba con todo, y como no podía escuchar, iba por su lado sin un rumbo claro. Algunos le tomaban del brazo, para corregir su rumbo y así estuvo por un tiempo.

Orx relató a todos los presentes el hallazgo de la mujer caníbal y al principio se entusiasmaron, pero quedaron preocupados por la naturaleza del encuentro. Es sabido que una mujer caníbal es difícil de convencer, puesto que, al margen de las razones y acuerdos, uno nunca sabe cuándo se mezclarán el hambre y el impulso violento.

Unos dijeron que estaban condenados, otros dijeron que podrían convencerlas, pero Khar dijo que ya encontrarían otras; su prioridad era cuidar de su asentamiento primero, y si estaban condenados a morir en soledad, no habría problema en ello, al menos, eso decía él que era la opinión del fuego, pero nadie le creyó tal cosa. Los jóvenes pidieron un dibujo de una mujer en las paredes de la cueva, pero nadie se atrevió.

Cuando estaban reunidos, varias lunas después, alrededor del árbol, discutiendo acerca de la escasez de estrellas, encontraron a las tortugas migratorias, que anunciaban que ya casi estaban listos sus preparativos para partir, que lentamente habían resuelto a su propio modo, y así, juntas marcharon en dirección al río, y más allá, por lo que los presentes miraron con nostalgia, cómo se iban alejando a paso lento. A la hora en que anocheció, no habían llegado a cruzar el horizonte todavía.

Algunos jóvenes fueron a jugar a sus recientemente abandonados refugios, las pequeñas cabañitas a la que sólo los más pequeños lograban acceder, para descubrir con asombro, que las tortugas migratorias habían cavado una red compleja de túneles que conectaba con diversas salidas a distintos puntos de su asentamiento, por lo que planearon ampliar los conductos y utilizarlos a modo de almacenes y escondites.

Fue un buen apresuramiento el de levantar la empalizada sencilla en el perímetro que manejaban, ya que, a poco de terminarla, recibieron un asalto de dos conejosaurios adultos y expertos mordedores. Astor, el que perdió la cabeza por una mujer, ni los escuchó, ni los observó, pero cruzó cerca de ellos, cuando se acomodaban en un enorme árbol, para saltarle a alguien.

Se quedaron extrañados de ver un mono político con solamente un cuarto de cabeza, y se quedaron pasmados de que caminara chocándose con todo, tropezando con piedras y enredándose entre las ramas de los árboles. Parecía como si hubiera perdido la mente, y deambulara más solo que nadie. Nadie lo sabía, pero el veneno de las abejas había consumido su corazón, y ya no tenía propiamente pensamientos, sino el eco de un recuerdo. Una idea perenne e inamovible sobre miel. Vivía estancado en ese estímulo y cuando Burto el viejo, lo comprendió, recordó a su difunta esposa, muerta de una enfermedad rara, en los tiempos de la gran peregrinación escapando del frío.

Primero el recuerdo le avivó el espíritu, y no tardó en ser invadido por la tristeza. Los recuerdos, uno a uno, llegaron a su memoria. Cómo la conoció en la huerta de su abuela, los ídolos de piedra que habían intercambiado, la primera vez que le besó, en frente de un árbol, el primer hijo, y el segundo, y el tercero y el cuarto y el quinto, que era Althor.

El viejo Burto, de los quelónidas, empezó a fragmentarse entre el presente y los recuerdos de un pasado que cada vez se convertía en más materiales y vívidos ante su imaginación. Pensó en cómo era su mano delgada y pequeña, en cómo había amado cada momento con ella, incluso los malos, que no faltaron. Recordó que una vez ella se confundió y le preparó dos comidas para la misma tarde, y cómo, así mismo, él había querido cazar un animal para ella y casi muere persiguiendo a una pacífica criatura llamada ovejasaurio, de unos cinco metros de altura, con patas como de cabra, pero de cuerpo como de nube o almohada. Su cabeza se extendía mediante un largo cuello, que usaba para elevarse y alimentarse de las hojas más altas y nutridas por el sol. Su cola medía masomenos trece rhinopollos y era como una serpiente que hacía alguna simetría con su cuello.

Como comía hierba, Burto el viejo no era una amenaza, pero como todo quelónida, era fuerte y valiente, por lo que se hizo con la idea de trepar a un árbol y lanzarse encima de la criatura, que asustada, se retorció. Se aferró a su enorme cuello, como si fuera un tronco doblado y móvil, pero su garrote se cayó varios metros al piso. Con las manos le atacó una y otra vez, haciendo un escándalo en el bosque.

Con el poder de sus brazos, abrazó el cuello de la bestia, y pensó en ella. Le abrazó tan fuerte que le hubiera partido los huesos, o la hubiera mezclado consigo mismo, a fuerza de tanta presión. Pensó en los hijos que tenía con ella, pensó en los planes de construir un nuevo granero. Todo pasó muy rápido, y luego sintió que caía.

Se agarró con decisión del cuello, pero el impacto le sacó volando y cayó malherido a unos metros, al costado del árbol que había trepado para su temerario asalto. Ella le encontró en el bosque, luego de horas de buscarlo. Burto dormía o descansaba inconsciente, no lo sabía, pero soñaba con ella, cuando ella misma le despertó preocupada.

Regalar animales de caza era una tradición entre los usos muy antiguos, que obviamente ya no se usan, pero nadie nunca había regalado una bestia tan grande, como la que aquella vez asfixió con sus fuertes brazos. El distrito de su pueblo había comido ovejasaurio por una temporada entera, ya que su carne era abundante y con su pelaje hicieron vestidos y abrigos para las épocas de viento y lluvias.

La bestia ahorcada, ya no estaba. El bosque, ya no estaba cerca. Él mismo, no se encontraba como se había encontrado hace tantos años, de modo que, en parte, no estaba algo de él mismo. Era como si fuera otro. Había algo que había sido, y ahora era menos. Le faltaba algo.

Ella. Ella ya no estaba, y había tenido que seguir adelante, por sus pequeños. Sus pequeños ya eran hombres fuertes, dedicados a talar árboles, a fabricar armas, a proteger a la aldea, a cazar bestias, no tan grandes como una ovejasaurio, pero al fin y al cabo, a prestar servicio de armas, en suma, a dedicarse a aprender a mesurar la violencia, sin renunciar del todo a ella, pero tenerla por último resorte, y ser eficiente con la fuerza de modo inteligente. Ese era el espíritu de la familia del quelonio, y las otras familias no eran ajenas a tales lineamientos.

Pero ¿qué familia, o pueblo, puede ser, sin mujeres? Cuando Burto entendió que Astor, el que tenía un cuarto de cabeza, había consumido su corazón, él mismo sintió que el suyo mismo se quebraba, porque entendía su añoranza, a juzgar por el relato de Orx y otros. Burto se contagió del impacto que causó la mujer caníbal en un hombre que perdió la cabeza por ella, y ahora vivía fosilizado en un ámbar estático de miel.

Burto ya no quiso extender “el sonido del sufrimiento”, eufemismo que usaban las tortugas migratorias para referirse a la vida. Por un momento de locura, o plena lucidez, el viejo de corazón roto ya no quiso luchar más, sino ser de piedra, y entregarse a los inesquivables leyes del Hmbar, es decir, del olvido, la impermanencia y la finitud de todo cuanto habita en la gran tortuga voladora.

Althor mismo le encontró tirado en un campo que él había despejado hace unos días, cuando tuvo que detenerse, por haber encontrado un mineral muy extraño. En esa plataforma de rocas y brillos, estaba Burto, de su propia sangre, con un agujero en el pecho y los restos de un corazón que había explotado de tristeza.

Fue el primer hombre muerto que tuvo que lamentar la hermandad del árbol, es decir, la confraternidad de las tres familias. Y todos, sin falta, lo sintieron hondamente. Morir en combate, o en un accidente, es comprensible, y en algunas circunstancias, hasta honroso, o en otras, lo contrario. Pero fracturarse el corazón de modo irrevocable, eso sí era algo que a todos aterraba y no deseaban a nadie.

Khar miraba con amargura a sus fuegos, y todos les respondían con tristeza. Sus lágrimas ardían en su rostro más que las brasas que le salpicaban de vez en cuando. Su viejo amigo ya no estaba y ahora era parte del lento dominio del olvido. Dejaba mucho con su huella, dejaba hombres educados por él, que preservarían sus modos, y mientras le pensaran, seguiría ahí. Y, de hecho, siguió ahí, pero con el corazón roto, para toda la eternidad.

Como era costumbre, se iba a convertir en piedra, al morir, y lo llevaron a la cueva de la paz perpetua. Que dejó de ser el núcleo de habitación, para pasar a ser un gran cementerio. Las cabañas las acomodaron en las afueras de las casitas de las tortugas migratorias ausentes, que todavía no llegaban al río, de lo lento que iban.

La gran cueva con pinturas fue consagrada a ser un santuario del reposo que rompe con el tiempo del sonido del sufrimiento. Ahí se habrían de convertir en piedra, entrar en el dominio de las leyes del Hmbar, y obtener otra paz perpetua. El tipo diferente de paz perpetua que acordaron enfrente del árbol central, se fortaleció, y se dijeron que el afán de vivir en colaboración comunitaria tenía un sentido, y que no podían dejar que la tristeza les asfixie en torbellinos de angustia y desolación, porque tal misma, era la condición del mundo, y no podían olvidarlo, sin dejar de considerar que la civilidad inteligente les reclamaba.

El viejo Khar miraba las flamas sin cara y aunque quería dejar que el fuego le apacigüe, parecía que ocurría lo contrario. Mal momento eligieron los conejosaurios para atacar con una emboscada muy preparada. Habían espiado por buen tiempo a los monos políticos y sabían de sus movimientos. Esperaron que la mayoría esté separada, en sus actividades, y mejor aún, con el corazón lleno de luto y con los sentimientos ofuscados.

Habían traído a toda una madriguera entera, que juntos comían hectáreas enteras en solo semanas. Era una docena de enormes mamíferos orejudos, con los dientes tan afilados que partían rocas. Habían decidido saltar todos al mismo tiempo encima de un pobre hombre que había perdido tres cuartos de cabeza por una mujer, pero cuando se resolvieron a atacar, fueron descubiertos por la peor de las circunstancias.

Astor, el de corazón consumido, envuelto en ensoñaciones involuntarias sobre miel, se había tropezado con un hueco lleno de carbones, y se estaba quemando, pero nadie se daba cuenta, porque solo el viejo Khar estaba meditando con solemnidad en su cultivo principal, con sus mejores y más viejos fuegos. Cuando fue interrumpido de su dura concentración, por el asalto salvaje de un montón de conejosaurios, sin pensarlo, sin controlarlo, sin quererlo, el fuego volvió a ser uno con él, y la fuerza de su espíritu comando una llamarada tan grande, que rostizó por entero a todos al mismo tiempo. El más cercano, su líder, fue carbonizado al punto en que no pudo ser usado de alimento.

De este modo, Khar, el viejo, derrotó solo a doce conejosaurios emboscadores con la fuerza de su mente y la conexión que había cultivado con el fuego. Desde entonces, unos dicen que se convirtió en un dragón en llamas, o que era como un fénix, y que podría revivir de sus propias cenizas, y dejaron de llamarle Khar, para agregarle una partícula que significaba angelical. Le dijeron entonces Kharael, de la hermandad del árbol, de la familia del pez. O lo que en su propia lengua sonaba como Kharael Thar de la familia del bagradad.

La fundición de minerales y metales preciosos, se hizo entonces muy sencilla, ya que bastaba con llamar al dragón Kharael, para que derrita cualquier cosa. No había nada que pueda detener al fuego de su concentración. Una vez una piedra brillante era tan dura que ni Althor pudo con ella, y Kharael demoró, pero logró desintegrarla. Luego, se arrepintieron de haberlo hecho, ya que hubiera sido un gran tesoro. Llamaron a esta piedra como la del arrepentimiento de la imprudencia.

El fuerte Althor había explicado de un modo más comprensible todas sus técnicas y métodos para hacer herramientas, y juntando ideas con otros, había empezado una época de máquinas e invenciones, que cada vez eran más complicadas. Ya todos tenían hachas de metal, pero el hacha de piedra antigua, se volvió una reliquia, y le ofrecieron muchas cosas al fuerte, a cambio de su antigua arma. Él, por supuesto, nunca aceptó, porque era un recuerdo de épocas distintas. Y ese valor, de poder recordar, mediante un objeto, era invaluable.

Los vientos cesaron con los días y el sol se asomó cada vez con mayor frecuencia y una tarde muy poco esperada, de mucha calma y relajo, llegó el vigía del fuego del río, en el límite sur, para anunciar que una marea de tortugas había llegado lentamente, y se disponían a cruzar el río. Todos se asombraron de lo pacientes que iban, y mientras unos dijeron que las extrañaban, otros aseguraron que, si eran migratorias, seguramente volverían en alguna estación futura.

En el lago, por el norte, Orx había construido una torre de vigilancia con la ayuda de unos jóvenes de la familia del quelonio, y decía que más allá del lago había grandes montañas y florestas, con una que otra estructura de piedra. Por el fuego de las montañas, al este, había silencio y misterio, por lo que rumores de sombras nunca faltaron, pero lo más intrigante, ocurría al oeste, por la frontera del fuego del bosque oscuro, puesto que varias luces habían sido avistadas, y nadie entendía de qué podría tratarse.

A medida que los días se ponían más calurosos, extrañaban más y más la sombra de los árboles, por lo que decidieron plantarlos de nuevo. No esperaban que demore tanto en que crezcan, pero les dieron un amplio espacio, para que en algún momento crezcan, y les hablaron, y les trataron con el lenguaje de las tortugas, y no fue extraño que algunos de los jóvenes árboles, todavía muy bajos y delgados, les respondieran.

El más conocido hablador de árboles fue Calat, de la familia del árbol, y contemporáneo de Khal, pero su barba no era blanca, sino muy ploma, y siempre silbaba como los pájaros que había conocido de niño, y nunca más había visto o escuchado. Se dice que una vez les habló tanto de los mitos a los jóvenes árboles, que ellos aseguraron haber escuchado otras versiones y que sus historias estaban incompletas, condenadas a las leyes del Hmbar, por la misma condición de ser monos políticos finitos y condenados al exterminio, por no poseer mujeres entre los de su grupo.

A diferencia de otros árboles, estos que hablaban, lo hicieron pronto, y algunos caminaron, apareciendo en lugares inesperados, a veces. Unos árboles se mudaron y quedaron quietos alrededor del gran árbol central, pero este monumental árbol, nunca hablo, ni respondió nada, ni con silbidos, ni con palabras, ni con abrazos. Otros árboles se fueron a vivir con los habitantes de las tres familias, entremezclando sus cabañas con sus propios troncos, y se torcieron algunas ramas para servir de muebles, camas, segundos pisos y hasta escaleras, todo, por gracias del servicio amable y amistoso de los árboles que habían cultivado, y a quienes les habían hablado desde que eran semillas.

Una buena noche, la luna bajó. Tomó la forma de un lobo brillante de plata y dio vueltas alrededor de la empalizada. Se dice que Khal se puso a aullar y que muchos temieron, pero el suceso duró apenas unos minutos. Nadie supo por qué ocurrió, pero la luna regresó al cielo y se quedó ahí toda la noche y el resto del día siguiente.

Astor, que casi no hablaba, de buenas a primeras, y sin explicarse, se levantó y caminó como sonámbulo hacia el río. Al principio nadie se alarmó, pero cuando cruzó la empalizada se extrañaron, pues no solía alejarse mucho. Lo siguieron y vieron que se disponía a cruzar el río. Del otro lado, un ejército de tortugas se secaban luego de haber cruzado y tomaban un descanso para seguir con su migración. Saludaron a Astor, pero éste no hizo caso. Solo caminó hacia el sur, sin detenerse.

Le siguieren dos exploradores, uno de ellos montado en un rhinopollo muy crecido. Por su velocidad, pudo acomodarse, adelantándose al rumbo que tomaba, y encontró así el campamento de las mujeres caníbales. Había estacas de madera con cráneos en todos lados. Huesos mordidos se encontraban por cientos esparcidos en la frontera, y un olor fétido se elevaba en los alrededores.

El de cabeza explotada por una mujer, cruzó tales estacas, y fue a toparse con varias mujeres caníbales, que lo despedazaron y comieron por partes, excepto tres cuartos de su cabeza, y su corazón, que ya habían dejado de existir hace tiempo. Una de ellas le reconoció, y pudo oler a Althor en su persona, de modo muy escondido. Tal fugaz estímulo le ayudó a percibir al rhinopollo y su jinete, al que asustó con los dientes, y fue que así, los exploradores regresaron asustados por la escena. Fueron con la noticia al asentamiento: Astor no podría volverse de piedra.

Sin embargo, Astor, ciertamente se convirtió de piedra y enfermó a todas las mujeres que le habían comido. Sus estómagos se pusieron duros y la miel fluyó de sus piernas. La curandera de las que viven con abejas trató todo tipo de magia, pero ninguna funcionó, esto era obra de una gente distinta, y desconocida, y la mujer caníbal que le había reconocido les indicó por dónde habían venido.

Fue así que ellas, indignadas con la salud de sus hermanas, fueron a confrontar a los frágiles monos políticos, por el tipo de magia que habían ejercido. Sus panzas se hincharon y tuvieron náuseas. Sentían piedras en el estómago, miel en las piernas y tormentas en el corazón. Apenas podían hablar y apretaban los dientes con frustración.